

INVISIBLE

LAIDA MARTÍNEZ NAVARRO



edebé

periscopio

INVISIBLE

LIDA MARTÍNEZ NAVARRO

INVISIBLE



edebé

© Laida Martínez Navarro, 2018

© Ed. Cast.: Edebé, 2018

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Diseño de la colección: Book & Look

Fotografía de la cubierta: Shutterstock

1ª edición, febrero 2018

ISBN: 978-84-683-3465-3

Depósito legal: B. 25975-2017

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Iñigo, mi marido, y para nuestra hija
Martina. Sin vosotros nada sería posible.*

1. Esperar le da ventaja al diablo

Gafotas Isma corre como el viento. Salta charcos, mientras jadea calle adelante. Sujeta la carpeta del instituto con fuerza, la mochila le golpea la espalda. Antonio, el Rapado, y sus amigos están acortando distancias. Les oye gritar, cada vez más cerca:

—¡Te pillamos, mariquita! —aúllan. Le han estado esperando a la salida de clase. Ismael no ha conseguido esquivarlos. Otros días tiene más suerte. Hoy no. Aunque sale de ciencias a toda velocidad, y recorre los pasillos del edificio sin perder un instante, el Rapado y los otros atajan por el gimnasio. Las prisas de Isma no sirven para nada.

—¡Por favor, por favor! —jadea para sí mientras corre.

Está muerto de miedo. La última vez le atraparon cuando cruzaba el parque. Después de propinarle varios empujones y un par de patadas, le quitaron la mochila y la arrojaron al estanque de los patos. Luego rompieron todos los apuntes que llevaba en la carpeta y le partieron las gafas a bofetones.

—¡No corras tanto, gafotas! ¡Maricón!

Cada tarde, lo mismo. Ismael acelera intentando no

llorar. Dejarse llevar por el pánico no sirve de nada. Por lo menos, hoy su amiga Alaitz no le acompaña. Alaitz está muy gorda y nunca consigue correr lo suficientemente deprisa. Con ella también se meten algunas veces. Pero el padre de Alaitz es muy rico y nunca se pasan demasiado. Con Ismael sí.

—¡Jarabe de palo, Ismaela! —gritan—. ¡Que tenemos jarabe de palo para ti!

Isma deja el parque a un lado y galopa por la calle. El camino es más largo, pero más seguro. En el parque hay muchos sitios solitarios donde pueden pegarle impunemente. La calle está llena de gente, allí los de la banda del Rapado se cortarán más.

—¡Ismaela, marica!

La gente se vuelve. Observa al larguirucho que corre todo lo deprisa que le dan las piernas; a la pandilla que le persigue. Algunos se encogen de hombros, otros tratan de esquivarlos. Nadie se decide a intervenir. Isma dobla una esquina. Semáforo en rojo. Se arriesga y cruza como un loco. Frenazos y cláxones furiosos. Un conductor chilla indignado:

—¡Chaval, mira por dónde andas!

Un par de señoras muestran su desaprobación. «Esta juventud loca», murmuran. Pero Isma consigue unos segundos de respiro. Ahora tiene una pequeña ventaja sobre sus perseguidores. Sigue corriendo, el corazón golpeándole en el pecho. Los músculos de las piernas le arden. Un último esfuerzo. Su casa está allí, delante. A doscientos metros, cien, cincuenta. Sin detener la carrera saca las llaves del bolsillo del pantalón, rezando para conseguir abrir el portal a la primera. El sudor le

chorrea por la frente, se le mete en los ojos y le empaña las gafas. Las manos también le sudan y le tiemblan. Intenta acertar en la cerradura. La llave resbala y falla. Lo intenta otra vez. Y otra. Oye las voces del Rapado y sus secuaces terriblemente próximas:

—¡Vas a ver lo que es bueno, gafotas, apestoso!
¡Maricón!

En el último momento la llave encaja. Isma la gira, veloz, y cuando una mano se posa sobre su mochila, agarrándolo, se libera de un tirón y consigue colarse en el portal. Cierra la puerta de golpe. Los de la banda le observan desde fuera. Furiosos, golpean el cristal. Le amenazan y hacen burla:

—¡Ya te pillaremos! —repiten—. ¡Te vas a mear en los pantalones! ¡Ja, ja, ja!

Ríen como si todo fuera un chiste. Un chiste que para Isma no tiene gracia.